

## ENTREVISTA CON JOSE MALLORQUI

—¿PODRÍA contarnos algo de su vida y cómo empezó a escribir?

—Nací en Barcelona, el doce de febrero de mil novecientos trece, en la plaza del Hospital; allí estuve hasta que hace dieciséis años me vine a pasar un mes a Madrid; me gusta mucho Madrid. La gente es muy diferente. Y eso que soy catalán por los cuatro costados, toda mi sangre es catalana. Pero en Madrid me encuentro mucho mejor.

«Empecé a escribir el treinta y cuatro. A principios del treinta y seis empecé con unas noveltas cortas de «la popular» Molino; me pagaban cien pesetas y escribía treinta o cuarenta folios. Estaba bien pagado, porque las hacía muy de prisa. Empecé a escribir porque encontraba que la traducción era como estar esposado. Leía algo, y me decía: «Esto lo pondría de otra manera»; a veces lo hacía. En el año cuarenta y dos me lancé con una novela detectivesca. Molino dijo que no le acababa de gustar; la presenté a la Sociedad General de Publicaciones, de Barcelona; me dieron muy buenos consejos: «que siguiera traduciendo, que no sería nunca escritor». Me enfadé tanto que llegué a casa y empecé otra novela. Fue «El despertar de Cenicienta», una novela rosa. Esa sí me la aprobaron en seguida; se tradujo a varios idiomas, y a partir de entonces ya fui haciendo más novela que traducción. En la novela, me ponía, y a lo mejor pasaba treinta y cinco horas seguidas escribiendo en una máquina Underwood que todavía tengo por ahí; escribía mucho; no descansaba, ¡no!, me ponía, y de un tirón salía la novela. No suelo escribir siempre las novelas de un tirón; las buenas, las primeras de «El Coyote», las escribía en treinta y seis horas. Estuve dos semanas buscando el nombre del personaje. Los dos nombres: César y Echagüe. César se me ocurrió, y le puse el mismo que al de «Dos hombres buenos». Fue sin darme cuenta. «Dos hombres buenos» fue la serie que me lanzó. Molino publicó «Hombres Audaces, nueva serie» y me dejó la parte del Oeste, que era lo que menos se vendía; entonces metí un personaje portugués, otro mejicano y otro español, y así empecé. Tuvo éxito entre hombres, mujeres y chicos. Se vendían dieciocho mil ejemplares, lo cual no estaba mal. Entonces, Plaza, que era el que los distribuía, me llamó para hacer una colección nueva. Hicimos la colección «Oeste», y en seguida comenzamos «El Coyote».

«Lo de «El Coyote» lo he contado muchas veces. Mi mujer me dijo: «Por qué no haces un personaje como El Zorro (el antiguo, el de Douglas), un tipo como Pimpinela, algo así. Eso siempre sus-

JOSE MALLORQUI SE QUITO LA VIDA HACE UNOS DIAS POCO TIEMPO DESPUES DE LA MUERTE DE SU ESPOSA, MANUEL MATÍ MANTUVO CON EL AUTOR DE «EL COYOTE» LA SIGUIENTE ENTREVISTA EN TORNO A LOS PERSONAJES DE LA SERIE Y A LAS MOTIVACIONES QUE LE LLEVARON A EMPRENDERLA.

# LAS CLAVES DE «EL COYOTE»



ta». La novela se vendió como las otras de la colección, quince mil ejemplares o una cosa así. No se vendió más que las otras, pero cuando le dije al editor: «De esto podríamos hacer una serie», me contestó: «Ah, pues hágala».

—¿Cuántos títulos escribió de «El Coyote»?

—Creo que son ciento noventa y dos.

—¿Cuántas veces se han editado en España?

—Tres veces. Bueno, tres editoriales lo han publicado. Ediciones se han hecho más, no sé si son ocho de cada título.

—En las últimas novelas, la atención se centra en don César; apenas aparece El Coyote.

—Creo que siempre el autor se representa un poco a sí mismo; quizá me gustaría ser El Coyote, ¿no?

—¿Usted cree que don César es un personaje que va envejeciendo a lo largo de la serie?

—Ahí cometí un error muy grande; llegué al número cinco de la colección y le dije al editor que estaba harto, que ya no podía hacer más; no se me ocurría nada y no me veía con ánimos de seguir. El editor me dijo: «¿Pero, hombre, qué hago yo con cinco títulos?». Entonces creyó que buscaba un aumento, y me lo ofreció. Entonces pagaban mil pesetas por la primera edición; luego lo aumentó a mil doscientas cincuenta. Era un buen precio; vamos, con tres mil pesetas se podía vivir. Intenté continuar y entonces cogí cañera, y por servir un argumento, que no sé si es el seis o el siete, hice que El Coyote envejeciera diez años de golpe. Eso me fastidió, porque no podía dejarlo en una edad fija, no me parecía bien.

—Sin embargo, cuando apareció la edición de bolsillo, el «Nuevo Coyote», muchos de los argumentos transcurrían en esos diez años.

—Sí, pero, de todas formas, aquellos diez años fueron la tontería más grande que he hecho en mi vida.

—Don César se alista con los confederados durante la guerra de Secesión. ¿Por qué?

—La guerra de Secesión me atrae mucho. Como conocía el terreno y el ambiente, estaba un poco influido por eso del caballero del Sur y el villano del Norte. Don César siempre fue —esto me costó bastantes choques con la censura— un poco inmoral. En aquellos tiempos, en que no se podía poner casi ni un beso, no sé cómo algunas novelas llegaron a salir. Algunos creían que en aquellos tiempos yo encontraba facilidades en la censura, pero no, ninguna, ninguna.

«La censura me ha cortado cosas; pero nunca me he conformado. Le aseguro que la censura, el día que desaparezca, hará illo-



rar a muchos que ahora, gracias a ella, pueden decir que no les deja trabajar. Siempre he estado en continua lucha con la censura, claro. Si uno empieza a autocensurarse, ya se puede ir tirando al mar. Yo nunca he dejado de poner las cosas que creía que debía poner, para ver qué pasaba. Incluso con «El Coyote», que en aquella época la censura era feroz, conseguí pasar cosas un tanto insólitas para aquellos tiempos. En «La ley de los vigilantes» había un personaje («Diamantes» Wardee, creo que se llamaba) que decía que con las mujeres había que hacer lo mismo que con los cigarros: tirarlos antes de que uno se cansa de ellos. Eso lo pasó la censura, pero llegaron los padres de familia y hubo que retirar la edición.

—De todos los personajes que salen en «El Coyote», como Murrieta, Juan Nepomuceno Mariñas, la princesa Irina, El Charro de las Calaveras, Ricardo Yesares, ¿cuál prefiere?

—La princesa Irina era la que a mí me gustaba más, y a don César también.

—¿Más que Ginevra Saint-Clair?

—Ginevra me cogió un poco desprevenido; se metió allí y, como tenía que acabar con ella, la maté en una cosa muy lírica. Aunque nunca me he supeditado a lo que el público me pedía, sólo en el caso de Guadalupe. Ahí me traicioné.

—De todos modos, ¿don César no está enamorado de Guadalupe?

—Ya lo creo, eso me lo han reprochado, las mujeres sobre todo. Pero es que cuando estaba que sí sí, que si no, recibí miles de cartas diciéndome que lo que yo quería es que se fuera con la sinvergüenza de Irina y no con Guadalupe, que la pobre era una criada.

—¿El pasado que luego inventó usted a Guadalupe, con aquel rancho inmenso, el rancho «Todo» fue motivado por esas cartas?

—Aquello fue un poco pueril por mi parte. Quise elevar a Guadalupe, y también me lo reprocharon: «Usted se avergüenza de que sea pobre». Allí me faltó valor; yo debía haber dicho: «Gua-

dalupe que se vaya al cuerno y El Coyote que se vaya con Irina».

—Luego, Irina se casaba con El Diablo...

—Con El Diablo, sí, pero siempre estuvo enamorada de don César, aunque entonces un adulterio... ¡Jesús! (Si hubiera sido ahora, lo pongo.)

—El ambiente de sus novelas queda bien reflejado. ¿Los personajes son una galería de tipos españoles?

—Bueno, ahí volvemos a lo de la censura. Lo primero que yo escribí fue la novela deportiva. Yo metía el deporte con calzador, ¿no? Escribí tres de ambiente español. Una de ellas era «Enemigos», que era sobre dos amigos que eran como hermanos antes de la guerra, enemigos durante nuestra guerra y cuando ésta termina reanudan su amistad. ¿Por qué han de seguir siendo enemigos? La censura me la tumbó. Otra que hice también sucedía en España, y también me la tumbaron, no recuerdo su título. Entonces me dije: «Como ponga a El Coyote en Sierra Morena, en tiempos de la guerra de la In-

dependencia o así, me voy a ver negro con cortes y prohibiciones de la censura. Si era un político, no podía ser malo porque era español; si era un policía, tenía que ser bueno porque era español; si era una mujer, tenía que ser decente porque era española; así no hay quien escriba. Entonces, la solución fue coger personajes españoles y situarlos en un ambiente hispanoamericano; en California no hubo lucha por la independencia; los españoles mandaron allí hasta que acabó la guerra contra Méjico. Entonces llegaron los mejicanos, secularizaron las misiones, hicieron trizas todo, pero quedaba el ambiente, el escenario. Podían ser personajes españoles, tipos españoles con nombres españoles y reaccionando como españoles. Utilizar personajes españoles fue para Editorial Molino una pega, dijo que pusiera nombres americanos y que no fuera tonto. Yo dije: «Pues mire, soy tonto».

—¿El Coyote es un personaje complicado?

—El Coyote es un personaje muy fácil. Un hombre violento, que no es salvaje, que no mata innecesariamente, que siempre da una oportunidad, que no se puede dejar coger. De todas formas, nunca me he dado tareas fáciles con El Coyote.

—Hay un momento en la serie en que el personaje don César de Echagüe es lo que tiene interés en las novelas.

—Sí; creo que sí.

—Hacia el final, cuando don César es un padre de familia que tiene dos hijos, El Coyote importa menos; hay incluso problemas domésticos en el rancho «San Antonio» que son más urgentes.

—Claro, hay una evolución.

—¿Pero era consciente?

—No; servía las necesidades de mi imaginación. Siempre me he dejado llevar por mis impulsos; o sea, que he escrito sin servir al público, expresando lo mío y esperando a ver qué pasa.

—¿Qué opina de don César?

—Don César es un escéptico, un cinico, que es lo que yo quisiera ser y nunca lo consigo, sólo cuando escribo. Cuando hicieron una de las reediciones de «El Coyote», el corrector de pruebas era escritor también; tenía que ganarse la vida corrigiendo galeradas (como hice yo al principio), y de vez en cuando iba al director de la editorial y le decía: «¡Pero esto... es bueno!, ¡tal... y esto otro», encontrando las filosofías de don César. He tenido bastantes buenas críticas. Recojo todas las que puedo. Claro que también he tenido otras que juzgan por la portada, y que dicen: «Es malo». Algunos luego rectifican.

—¿El Coyote no está exento de crueldad?

—No puede estarlo, no debe estarlo; siempre he pedido al públi-

Textos científicos, herramientas  
indispensables para interpretar  
la problemática de nuestra sociedad.

Últimos títulos:



**TEORÍA E  
HISTORIA DE LA  
ARQUITECTURA**  
Manfredo TAFURI

Hacia una nueva concepción  
del espacio arquitectónico.

En la misma colección:

**EL CONFLICTO DE LAS  
CLASES TÉCNICAS,  
UN FALSO PROBLEMA**  
Jesús A. Marcos Alonso

**DEL YO AL NOSOTROS**  
Ramón VALLS PLANA

**POPULISMO Y MARXISMO  
EN RUSIA**  
Andrzej WALICKI

**LA EVOLUCIÓN DE LA  
AGRICULTURA EN ESPAÑA**  
José Manuel NAREDO

**LOS S. S. TIENEN  
LA PALABRA**  
V. y L. PAPPALERTERA

**LA MEDICINA IMPUGNADA**  
(La práctica social de la medi-  
cina en la sociedad capitalista)  
Guy Caro

**FUNDAMENTOS DE  
LA ARITMÉTICA**  
(Investigación lógico-matemática  
sobre el concepto de número)  
Gottlob Frege

## EDICIONES DE BOLSILLO



**DOSTOIEVSKI  
(1821-1881)**  
E. H. CARR

Todo el saber de Carr, el historia-  
dor de la revolución bolchevique,  
al servicio de una lectura más di-  
recta de Crimen y castigo, El día-  
rio de un escritor y Los herma-  
nos Karamazov, Los condenados,  
El adolescente, El idiota.

**LA TAPIA DEL MANICOMIO**  
Roger Gentis

**GORKI SEGUN GORKI**  
Nina Gourfinkel

**ADOLESCENCIA, SEXO Y  
CULTURA EN SAMOA**  
Margaret Mead

distribuciones de enlace  
bañales, teléfono 2455423 (sección 10)



co una sola cosa: Que acepte la  
realidad de El Coyote enmascara-  
do y circulando por California;  
eso no puede evitarse, de manera  
que aceptémoslo; todo lo demás  
es lógico. El personaje ha de ser  
humano. No hay nadie, yo no he  
conocido a nadie que sea entera-  
mente malo o completamente  
bueno.

—¿Es *El Coyote* una evasión de  
don César?

—Creo que eso es bastante  
exacto. Don César siempre es así,  
no es generoso, rara vez da di-  
nero suyo. Es un hombre que  
juega a ser El Coyote. Primero,  
por una razón espontánea, como  
ayudar a algún amigo, y, luego,  
porque a veces se aburre de ser  
como es.

—¿Conoce usted *Estados  
Unidos*?

—Nunca estuve allí. Todos los  
que han ido dicen que es clavado  
a como lo describo, porque tengo  
documentación en color, libros,  
mapas, diapositivas. Ahora, lo  
principal lo tengo siempre a ma-  
no, el origen está aquí —nos  
muestra un ejemplar de «History  
of Los Angeles City», de Charles  
Dwight Willard, fechado en 1901.

—¿Qué tipo de novela lee con  
más agrado?

—Yo procuro leerlo todo. Aho-  
ra, lo que está más de acuerdo  
conmigo es la novela-río, con mu-  
chos personajes, que va cubrien-  
do una vida entera. Me gustó des-  
de el momento en que la leí —y  
me gusta todavía— «Lo que el  
viento se llevó». Frank Yerby no  
me acaba de gustar, pero, por  
ejemplo, el de «Exodo» sí me gusta.  
Me gustan las novelas en que  
el autor coge unos elementos, una  
situación, y los va desarrollando;  
los personajes deciden por sí  
mismos cómo son, no como el  
autor quiere que actúen. Cuando  
he intentado forzar un personaje  
lo he destruido; parece un tópico,  
quizá, una fantasía, pero si un  
personaje tiene que hacer algo  
que no está de acuerdo con él y  
se le obliga, se disuelve. Esto no  
me ha fallado nunca.

—Y otro tipo de escritores a  
los que podrían recordar sus no-  
velas, por ejemplo, Mark Twain?

—Bueno, Mark Twain es uno  
de los precursores de la novela  
del Oeste. También lo es Brett  
Harte. Brett Harte me ha falla-  
do siempre por la edición en que  
lo leí: tenía una edición muy an-  
tigua de «Bocetos californianos»,  
y el libro aquel me deprimía; la  
 encuadernación, las tapas, siem-  
pre me resultó falso...

—¿De literatura española qué  
lee?

## LAS CLAVES DE 'EL COYOTE'

—«La colmena» es un archivo  
fabuloso de tipos y es también  
una estafa, porque como novela  
no existe. Con tantos elementos  
existía la posibilidad de una no-  
vela formidable. «El viaje a la  
Alcarria» me entusiasmó y tam-  
bién «La familia de Pascual Duar-  
te», en cambio, «La colmena» es  
una forma de novela que no lleva  
a nada. Cela es un gran escritor,  
pero no es un novelista. Novelis-  
tas en España tenemos pocos,  
pero literatos, todos los que que-  
ramos.

«Me gusta el novelista puro, el  
que narra, el que hace novela. Gal-  
dós en «Fortunata» es novelista;  
lo demás no vale releerlo. Tenía  
un recuerdo bueno de «Doña Per-  
fecta», y la he vuelto a leer ahora:  
¡Dios, qué cosa más mala! El es-  
critor que va detrás de una fina-  
lidad social, política..., ése no  
me interesa. El escritor que fuer-  
za el argumento para conseguir  
un efecto no me interesa. El ar-  
gumento debe transcurrir suave,  
sin que nadie lo interrumpa. Pre-  
fiero no hablar de novelistas es-  
pañoles. Me atrevo a juzgar a  
Cela porque pienso que no es no-  
velista. He intentado leer «San  
Camilo» y no he podido. Esas  
extravagancias no son nada. El  
autor debe moverse con los ele-  
mentos lógicos: querer prescindir  
de eso es un alarde de gene-  
ralidad que puede hacer cual-  
quiera. Lo que no puede hacer  
cualquiera es escribir una buena  
novela. Literato es el que todo  
lo convierte en literatura y no le  
da importancia al argumento, a  
la narración, a la lógica de ella.  
Todo personaje tiene su lengua-  
je, pero hay que encontrárselo,  
no hay que poner en sus labios  
cosas que no pueda decir. O tam-  
bién las procacidades de ahora,  
que casi nunca vienen a cuento.

«Pío Baroja me gusta mucho,  
pero como novelista... me falla.  
Hay una cosa de oficio (dejo cla-  
ro que no es competidor mío; o  
sea, que expongo mi opinión): que  
cuando llega a las situaciones  
sentimentales es lamentable. Co-  
mo persona me parece fenome-  
nal, y sus memorias son... son...  
como si fuera bastante bicho,  
¿no? Eso me gusta. Parte de sus  
novelas también, pero me gustan  
más los tipos que el argumento  
general, que me parece muy en-  
deble. Falto de imaginación. Qui-  
zá porque a mí la imaginación  
me sobra, ¿no?

—¿De todas sus series cuál es  
la favorita?

—«El Coyote» está entre lo que  
más me gusta. Tengo que estarle  
muy agradecido, porque se ha hin-  
chado de darme dinero. Dejé de  
escribir «El Coyote» porque lle-  
vaba ciento noventa y dos núme-  
ros, estaba en Madrid y me pe-  
dían otras cosas. El Coyote es  
terrible porque no se puede cam-  
biar, ha de ser siempre igual: el  
mismo personaje, bueno, honra-  
do, noble, no puede hacer una  
cochinada a nadie. Eso limita. En  
cambio, otros personajes se pue-  
den manejar mejor. En cuanto  
cambiaba un poco El Coyote  
empezaba a recibir cartas: «No  
nos gusta, está usted cambiando  
«El Coyote», y tampoco podía  
repetir un argumento una vez y  
otra porque no habría sido de-  
cente y sería aburrido. Teniendo  
en cuenta que ya van casi cien  
mil ejemplares de cada edición  
de «El Coyote», esta última se  
vende bien, y tengo dos editores  
esperando que se la deje para  
editarla ellos. He recibido una  
carta de Brasil pidiéndome los  
derechos para volver a editarlo,  
pues hace seis años que se termi-  
nó de editar allí.

«Una de las cosas que a mí me  
sorprendió del extranjero, por  
ejemplo, fue cuando de Finlandia  
me pidieron «El Coyote»; me  
asombré tanto que dije: «¿Bueno,  
qué van a encontrar los finlan-  
deses ahí?»; pues en Finlandia ha  
sido un éxito editorial.

—De todos los actores, vivos o  
muertos, que usted ha conocido,  
¿cuál es el que hubiera preferido  
para encarnar *El Coyote*?

—Los sistemas de coproducción  
siempre imponen a un actor, aun-  
que no se parezca en nada ni pue-  
da parecerse nunca, porque aun-  
que no se haya molestado en  
estudiar el personaje tiene su  
idea hecha y tiende a reelabora-  
lo. Siempre acaban por hacer de  
don César un marica. Es una co-  
sa espantosa. Así, en frío, no sé  
qué actor hubiera podido hacer-  
lo; antes había uno que podría  
haberlo hecho muy bien. Pero hay  
que recordarle en su juventud,  
antes de sus borracheras. Ahora  
ya ha muerto, se suicidó: Pedro  
Armendáriz.

«El Coyote no tiene impor-  
tancia, olvidense de él, porque  
le ponen una máscara y puede ha-  
cerlo quien les dé la gana. Don  
César es el hueso: hay que hilar  
muy fino para no confundir. A  
don César yo le fui conociendo a  
medida que iba escribiendo sobre  
él, y le qujero mucho. ■ MA-  
NUEL MATJI.